



Un hijo de Cyrano

JEAN ROSTAND: LA MORAL Y LA CIENCIA

PABLO BERBEN

PROBABLEMENTE, Jean Rostand —muerto en París a los ochenta y tres años— era el último representante de la ciencia de investigación de un solo hombre, del talento personal por encima de los grandes medios técnicos: más en la línea de Ramón y Cajal que de los computadores. Para él, la ciencia estaba unida al hombre: no la había deshumanizado jamás. Podía ser la contrafigura de una imagen de científico que ha configurado la imagen popular: el implacable sabio que llega a la bomba atómica o a la de neutrones sin pestañear, por el camino de las ecuaciones. (Oppenheimer, por ejemplo, podría ser un intermedio, un mutante: un hombre agónico, dividido entre la investigación pura, sin tener en cuenta los resultados y el miedo a la catástrofe que podría provocar.) Moralista, Jean Rostand había escrito que "ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma". Todo en él, desde su rostro y su silueta hasta su palabra clara, recordaba los grandes santones laicos que hicieron el siglo XIX y dieron esperanzas —frustradas— al XX. Venía de la línea del Renacimiento y del humanismo. Una categoría a extinguir. En su ateísmo iluminado, decía: "Aquellos que creen en Dios, piensan tan apasionadamente en su existencia como nosotros, los que no creemos, en su ausencia?".

Jean Rostand quizá debía mucho de su humanismo y de su amor al hombre —amor a la Humanidad podría encerrar ya un tipo de abstracción que le

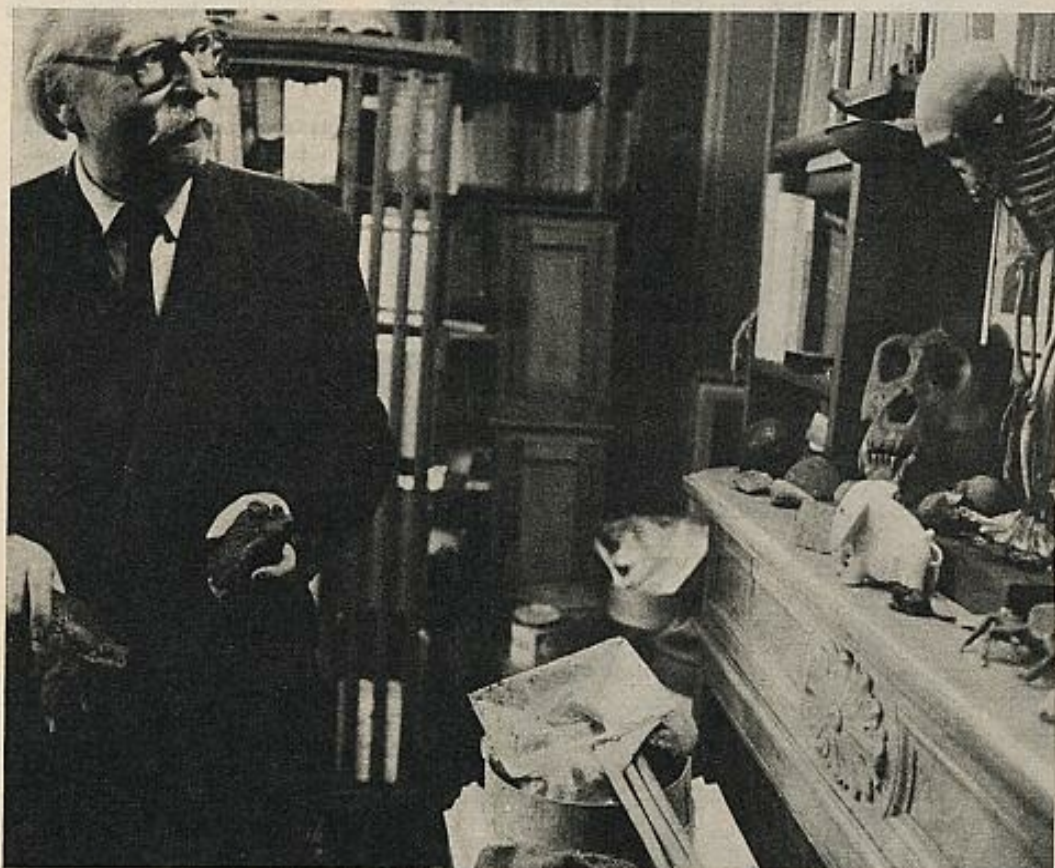
convendría menos— a la casa en que nació: la casa de Edmond Rostand, poeta, autor de por lo menos una obra de fama universal, que sigue representándose —y no sólo en el teatro, sino en el cine, en la televisión— más de ochenta años después de su creación: "Cyrano de Bergerac". Edmond Rostand tuvo un hijo literario, Cyrano, que era apasionado, valeroso, enamorado y sublime hasta el punto de prestar su palabra cálida al triunfo de su rival en el amor

y de morir porque triunfase ese amor que estaba en contradicción directa con su gran ilusión en la vida. Y tuvo un hijo físico que luchó siempre por el triunfo de la verdad, por el enaltecimiento del hombre, pero renunciando a las facilidades de la religión y de la poesía.

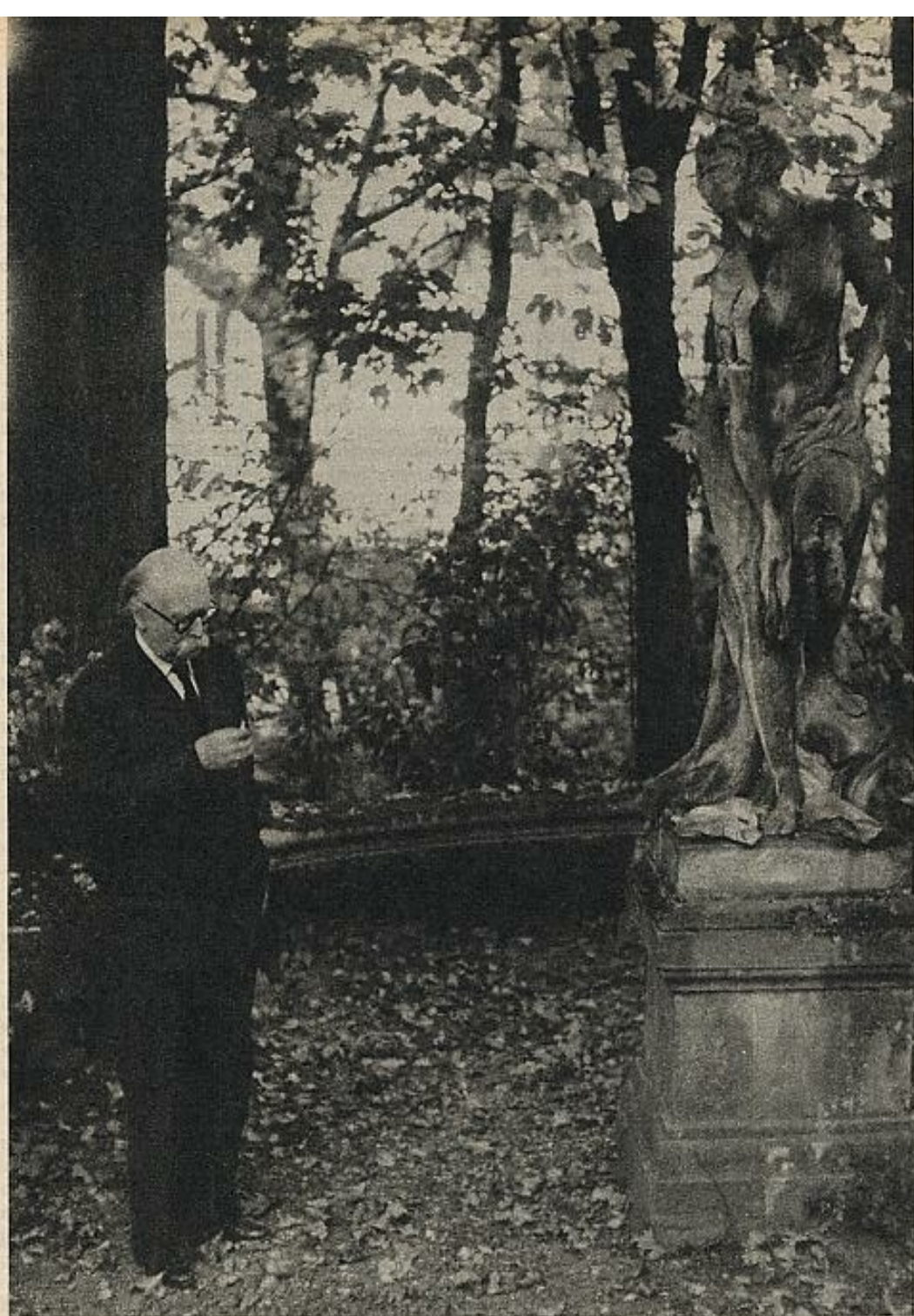
Un párrafo característico de Rostand, que extractamos, podría ser éste:

"La ciencia de las hormonas nos ha dotado de precisiones indiscutidas. Conocemos hoy la exacta constitución molecular de cientos de sustancias que condicionan la diferenciación de los sexos. Incluso podemos representar esas sustancias por

algunas letras y algunas cifras; las preparamos por vía de síntesis, las obtenemos en el bello estado de poliedros blancos. Sería usar de un lenguaje poco científico, pero no en absoluto erróneo, decir que la femineidad y la masculinidad son cristalizables. (...) La más vaporosa de las mujeres debe lo más claro de su femineidad a un cierto alcohol complejo o esteroil que posee, entre otras propiedades, las de modificar el plumaje de un capón y henchir la matriz de un ratón. En cuanto al hombre, no tiene más remedio que admitir que su orgullosa virilidad proviene de otro esteroil, muy poco diferenciado, además,



Lo que Rostand buscaba en sus batracios era la fuente de la vida y un objetivo propio de su tiempo que ha proporcionado grandes obras de pensamiento y grandes tragedias colectivas: el superhombre.



Científico de la vida, Jean Rostand condenó abiertamente la bomba atómica, las guerras, la ciencia de la destrucción.

del anterior. (...) Y esos dos principios, folículos y testosterona, tan poderosa y diversamente morfógenas, no se limitan a trabajar las carnes, sino que afectan los instintos, las tendencias, los deseos. Impregnando los sistemas nerviosos, colorean espíritus y almas. Presiden no solamente el contacto de las epidermis, sino también el intercambio de las fantasías. De forma que allí donde reina la testosterona la atracción será sentida con más viveza por las formas que habrá modelado la folícula. Se quiera o no, y sea

cual sea el idealismo que se profese, el edificio del amor humano, con todo lo que implica de bestialidad y de sublimación, de furor y de sacrificio, con todo lo que significa de ligero, de conmovedor o de terrible, está construido sobre las mínimas diferencias moleculares de algunos derivados del fenantreno". ("Pensamientos de un biólogo", Stock, París, 1939.)

Rostand, como su hermano Mauricio —poeta, escritor, personaje un poco pintoresco de la bohemia de París—, siguiendo la línea de su padre y de su ma-

dre —escritora, jurado del Premio Fémina durante muchos años—, comenzó una carrera literaria casi con la infancia: pero la naturaleza de esa misma obra le llevaba a la investigación profunda de la naturaleza humana y del misterioso fenómeno que llamamos vida. "Por el momento, ignoramos lo que es la vida, desde el momento en que conocemos solamente aquello que podemos reproducir. Ni siquiera estamos en condiciones de definir con pleno rigor el fenómeno vital... Nadie tiene derecho, sin duda, a poner límites a los poderes humanos,

pero, teniendo en cuenta lo que sabemos sobre la extraordinaria complejidad de la organización celular, debemos comprender que sería casi tan prodigioso crear una célula como crear una planta o un animal visibles. Si el hombre, alguna vez, obtuviese un resultado semejante, habría realizado lo que nos parece imposible incluso de un dios". ("Les nouvelles littéraires", 6 de abril de 1950.) Esta profunda curiosidad le llevó a posponer la literatura en favor de la ciencia: tras los estudios superiores en la Sorbona, se dedicó a la biología. Pronto sus trabajos fueron considerados como trascendentales: la partenogénesis de los batracios, la ovulación artificial, la duplicación de los cromosomas por el frío, la transmisión hereditaria de la polidactilia en los sapos, las anomalías de las ranas, la conservación del semen por el frío en presencia de la glicerina...

Aparecen ya citadas aquí dos palabras clave en la ciencia y en la imagen popular de Rostand: sapos, ranas. Este hombre de la tradición finisecular no podía estar ajeno a la leyenda maldita del sabio que quiere buscar la vida, su fuente: de este nuevo Prometeo, que inquietó tanto las conciencias pacatas del siglo XIX. Recordemos "Frankenstein", en el que Mary Shelley representaba esa conciencia: no se puede usurpar el poder de los dioses sin sufrir su castigo... O recordemos otra obra más contemporánea, "La ciudadela", de Cronin, en la que un médico investigador se ve cercado por la superstición de un pueblo. Rostand, en una casona con estanque —un estanque fecundo— donde reinaban "mucho oscuridad, mucho silencio, mucha sencillez", trabajaba con sus ranas entre el terror supersticioso de los campesinos y los reportajes fáciles de algunos periódicos: el sabio de las ranas... Lo que Rostand buscaba en sus batracios era la fuente de la vida. Y un objetivo también propio de su tiempo, que ha proporcionado grandes obras de pensamiento y grandes tragedias colectivas: la busca del superhombre. La idea era de origen sencillo. Una vez aceptada la idea de Darwin, continuada y modificada por los idealistas, de que la evolución va en un sentido creativo, en un sentido meliorativo, mejorando la especie y apartando a los "peores", podría quizá ayudarse el sentido de la evolución

JEAN ROSTAND

mediante aportaciones científicas. Nietzsche había popularizado la idea ("popularizado" dentro de las élites intelectuales y científicas). Y Rostand la recogió:

"El gran tema, en nuestra especie, sería evidentemente aumentar el número de las células cerebrales; a este respecto, el biólogo Zamenhog ha realizado un experimento muy sugerente, mostrando que, cuando las larvas de las ranas reciben una hormona que procede de la glándula hipófisis, el número de las células aumenta un 126 por ciento en su cerebro. No importa nada, con toda seguridad, que una rana tenga en su cerebro más neuronas de las que debería tener, e incluso si tuviera algo de genio, nosotros no estaríamos en medida de reconocerlo. Pero cuántas podrían ser en nuestra especie las consecuencias de tal enriquecimiento celular. Quizá, el superhombre...". ("La biología y el porvenir humano", Albin Michel, París, 1950.)

Los superhombres auténticos "comprenderían lo que nosotros no comprendemos, tendrían facultades superiores a las nuestras; en una palabra, serían en relación con nosotros lo que nosotros somos en relación con el hombre de la Prehistoria. ¿Cómo no estar seducidos por la perspectiva de crear una criatura que nos sobrepase, y al mismo tiempo rebeldes en nuestro instinto de conservación específica ante la idea de este sucesor ante el cual tendríamos que inclinarnos?". ("Lo que yo creo", Grasset, París, 1953.)

Una vez más, el pensamiento del moralista que fue toda su vida Jean Rostand matiza o pondera las supuestas posibilidades de la ciencia. La duda entre poder y deber:

"La cuestión, hoy, no es la de saber o la de poder: es la de querer y atreverse. Con nuestros éxitos en la zootecnia, ¿vamos a entrar audazmente en la vía de la antropotecnia? Ahí está todo el problema, de orden puramente moral, y que, por lo tanto, no son sólo los hombres de ciencia quienes lo deben decidir. El proyecto de tratar a la Humanidad como se trata a un rebaño nos parece al mismo tiempo odioso y ridículo: nos choca, nos ofende en nuestro sentimiento de la dignidad personal. No se podría desconocer,

en todo caso, la gravedad y la amplitud de este conflicto que, alcanzando al humanismo frente al biologismo, opone los intereses positivos de la especie a sus imperativos espirituales, su beneficio genético a sus valores morales. El hombre, desde ahora, sabe que puede actuar sobre el hombre. Posee el secreto de mejorarse, tanto en su cuerpo como en su espíritu. Es dueño de engrandecerse y con una relativa facilidad, con una relativa inmediatez. A este progreso que está al alcance de su mano prefiere hoy renunciar antes

o que pronto se abrirán ante él, en el campo de la reproducción controlada, dominada, dirigida. A veces, con una patética vehemencia, han denunciado la amenaza que representa ante sus ojos el desencadenamiento de un cientifismo infatuado, de un naturalismo prometeico —si no luciferino— que proceden directamente, según ellos piensan, del 'humanismo ateo'; han advertido a los investigadores contra ese terrible sentimiento de omnipotencia que invita a la criatura a jugar al Creador; han afirmado la necesidad de sus-



"El respeto del hombre debería ser aún mayor entre aquellos que, despojados de toda ilusión de trascendencia, no creen más que en el hombre".

que debérselo a medios que le repugnan. Pero, ¿lo rechazará mañana, lo rechazará siempre?". ("La biología y el porvenir humano", Albin Michel, París, 1950.)

Terminemos con un párrafo característico de Jean Rostand, abundando en este mismo tema de las contradicciones entre ciencia y moral:

"Sabios, moralistas, sacerdotes, todos han lanzado un grito de alarma ante las posibilidades que se abren ya ante el hombre,

traer la persona humana a todas las tentativas degradantes o peligrosas... Ciertamente, hay mucho de bien fundado en esta especie de inquietud, y no es malo que los hombres que se hacen del hombre una idea alta y sagrada, por aquello que ven en lo humano el reflejo de lo divino, hagan escuchar la protesta del espíritu y del corazón frente a una ciencia que, según las palabras del Fausto de Valéry, 'comienza a palpar los principios de la vida'. No es,

en efecto, porque se admiran esos maravillosos progresos de la biología; porque no se puede hacer más que entusiasmar por las perspectivas grandiosas que el laboratorio descubre al hombre y su destino; no es por eso por lo que no se ve, no se comprende, no se siente lo que puede haber de inquietante, de desconcertante, de terrorífico, al ver al hombre aproximarse poco a poco al hombre, con sus manos torpes, y prepararse a ensayar sobre él mismo los efectos de una brujería balbuciente... Qué biólogo digno de ese nombre podría, sin una secreta emoción, e incluso si la reclama, ver venir la hora en la que la técnica va a atreverse a llegar al ser pensante... Nosotros, a quienes se nos llama 'científistas' —y no rehusamos este nombre; los hay menos honrosos—, no somos tan grosera e ingenuamente insensibles como se quiere creer... No es por dejar al hombre dentro de la Naturaleza por lo que tendremos por él menos respeto y estamos dispuestos a descuidarle. Iria incluso hasta decir que, quizá, el respeto del hombre debería ser aún mucho mayor entre aquellos que no creen más que en el hombre y que, despojados de toda ilusión, de trascendencia, no pueden ver en él más que una bestia impar, que no tiene otra obligación más que hacia sí misma, no tiene que escuchar más ley que la suya, no tiene otros valores que reconocer que los que se ha dado a sí misma". ("¿Puede modificarse el hombre?". En el libro "Instruir sobre el hombre", La Diane Française, Niza, 1953.)

Biólogo, científico de la vida, Jean Rostand condenó abiertamente la bomba atómica, las guerras, la ciencia de la destrucción de la vida. Negó siempre que la ciencia tuviera inevitablemente un carácter nefasto, fue optimista sobre el porvenir del hombre y de la especie: tenía fe en el hombre y la tenía en su destino.

Fue atacado por "cientifista", fue atacado por moralista, por laico: sus enemigos fueron los que entienden que se puede sacralizar al hombre simplemente por no cambiar las ideas tradicionales. Pero sobre todos sus posibles enemigos, la sencillez, la simplicidad, la bondad de alma de este lejano hijo de la Revolución francesa y de la diosa Razón permitieron que fuera siempre considerado como un gran corazón sensible a la aventura del hombre. ■ P. B.